

En la Playa ¡Amor Eterno!

Jueves; día de la Ascensión, una de las fiestas que yo quisiera se prolongase indefinidamente, perennemente, por los muchos consuelos, y esperanzas, y alegrías que ese misterio pone en mi corazón.

Siempre espero este día con el mismo afán, con la misma avidez; y cuando llega, siento como nunca las melancólicas dulzuras de la nostalgia, las inquietudes de la ausencia; y suspiro por mi patria, por la patria verdadera, cuyos bellos horizontes aparecerán a mis ojos, precisamente cuando mis ojos se cierran para siempre a los objetos de esta otra patria del mundo.

Todo lo encuentro iluminado, bañado por las luces de este Misterio consolador: quisiera desprenderme de la materia, librarme de lo que tengo de tierra, y ascender, subir, volar; y traspasando los mundos siderales, llegar, sin detenerme, hasta las mansiones de la vida inmortal, para humedecer mis abrasados labios en las torrentes de inextinguible y eterna felicidad, y del eterno amor.

La soledad, el silencio, la calma de que ahora estoy gozando en este apacible crepúsculo de la tarde, adormecen mi espíritu, abstrayéndolo de los objetos de la tierra, de esta vida mortal; y me hacen vivir, en esperanza, la otra vida, la que sucederá a esta: aquella donde no se conoce el llanto, ni la deslealtad, ni la traición, ni las ausencias, ni los dolores ni la muerte: donde reina el amor como es, como debe ser, como este pobre corazón mío lo necesita y lo quiere; amor que no engaña, ni traiciona, ni miente; amor sin decaimientos, sin disminución, ni frialdades: amor siempre vivo, siempre joven, siempre ardiente: amor segurísimo, inextinguible, inmutable; cuyas sonrisas, dulzuras e idilios durarán lo que dure la eternidad. ¡Amor para siempre! ¡Amor eterno!!

¡Ah! ¿Qué son, qué significan, qué valen en comparación de ese amor, esos otros amores que no penetran en el alma, que nada saben de las sublimes, suaves y delicadísimas exquisiteces del espíritu; que solamente viven la vida del sentido, y no tienen más alimento que las innobles groserías de la materia? ¿Qué son, repito, qué valen esos amores? ¡Amores fic-

ticios, amores de un día, de una hora! No merecen, no; ser honrados con el sagrado nombre del amor; porque para amar así, dice un brillantísimo escritor, para amar con amor de un día, más valiera no amar nunca.

¡Y cuántos de esos amores abundan en el mundo; materiales, instintivos, huéspedes del sentido, pero forasteros, extraños, desconocidos del espíritu! De ahí su caducidad, su vida efímera, su pronto e irremisible término; pues los desgraciados que así aman, que así profanan el amor, no saben de las nobles, espirituales y delicadísimas dulzuras del verdadero amor; y frenéticos, abrasados, loros, aplican sus manchados labios a todas las copas del placer prohibido, del deleite inmundo; y apuran la podredumbre, el veneno que se esconde en el fondo, para caer heridos, destrozados por la desilusión, por el hastío, por la muerte. Son miopes voluntarios que no vislumbran ni ven las lucientes regiones de ultratumba, las regiones donde el amor vive, se prolonga, se perpetúa y eterniza, bañado por las excelsas claridades de la inmortalidad. ¡Mil veces infelices los que así entienden el amor; limitado por el tiempo, por las falacias del placer, por la breve existencia de unas horas!

Sólo aquellos amores que reciben su aliento y su vida, su fuego y actividad, del Amor increado, sustancial, divino, eterno: que todo lo aman en El y por El: que apenas si rozan la materia, y si la tocan es para dignificarla y ennoblecerla: que son esencialmente unitivos, fundiendo en uno los corazones, las almas y los cuerpos: que tienden siempre hacia arriba, a las alturas, al cielo, a la eternidad: que están ungidos por la unción del sobrenaturalismo cristiano: que por ser nobles y castos jamás reciben las salpicaduras del fango...; sólo esos amores tienen derecho a gozar las lozanías de una perpetua primavera, de una juventud perenne, de una vida inmortal. ¡Amores eternos, que en la epifanía del cielo, al gustar toda la plenitud de la dicha, harán temblar de emoción a la misma eternidad en su inmutable asiento!

¡Ah! Los que así saben amar, los que así aman, hacen un culto del amor, de la amistad, del matrimonio,

de la fidelidad conyugal del hogar y de la familia. Y lo mismo en los días de tempestad que en los de calma; en las horas de prosperidad como en las de desgracia; en el tiempo de las lágrimas lo mismo que en el de las sonrisas; en las idílicas intimidades de la compañía como en los eternos instantes de la ausencia: en la salud y en la enfermedad; en la juventud y en la vejez, en la muerte y más allá de la muerte... ¡¡siempre!! ¡¡siempre!! y cada vez con más fuerza y vigor, conservan unido, fuerte, apretado, indisoluble, el dulcísimo lazo con que se unieron un día felicísimo, en el nombre y presencia de Dios.

Aman gozando todas las dichas y bienaventuranzas del amor: aman dentro del precepto y de la ley: aman sin el temor de la inconstancia, sin los tedios del hastío, sin las punzadas del remordimiento: aman negándose sin dificultad a todo lo que el Evangelio y la razón prohíben: aman sin sentir las angustias de la duda, ni la mordedura de los celos: aman sin esfuerzo, sin desfallecimientos: aman por una dulce y naturalísima violencia de su corazón: aman gozando, y gozan amando: aman por amar; porque el amor es la vida de su vida; el aire, el aliento, el oxígeno de su corazón, de su alma, de todo su ser. ¡Dichosos mil veces los que así entienden el amor, y así saben amar!

Por eso no les basta el tiempo, ni los años de esta vida; necesitan de la eternidad, para inmortalizar su amor, Y lo conseguirán. La muerte será impotente para romper la unión de tales almas, porque su amor, es más fuerte que la muerte; y al través de las oscuridades de la tumba, a despecho de la muerte y de la corrupción y del polvo, seguirán comunicándose las almas, siempre unidas, siempre jóvenes, siempre amantes; hasta que llegue el día felicísimo, anhelado de la unión eterna, del eterno abrazo; cuando el amor que empezó en la tierra, en el tiempo, recibirá su consumación, su plenitud, su perfección total en la patria del amor, en el cielo, en la eternidad.

¡Amar eternamente, amar para siempre! ¡Oh dicha! ¡Oh felicidad!

EL SOLITARIO.